

## **PREPRINT: La educación superior y el futuro del profesional, vistos desde la condición humana**

### **PREPRINT: Higher education and the future of the professional seen from the human condition**

### **PREPRINT: A educação superior e o futuro do profissional visto da condição humana**

Freddy Varona-Domínguez  
Universidad de La Habana  
Centro de Estudios para el Perfeccionamiento de la Educación Superior  
La Habana, Cuba  
[fvarona@cepes.uh.cu](mailto:fvarona@cepes.uh.cu)  
<http://orcid.org/0000-0002-5214-2735>

**Resumen:** La temática central de este ensayo es el futuro del profesional universitario. Su punto de partida es la contradicción entre los cambios actuales en la educación superior relacionados con la ciencia y la tecnología, y la mentalidad que atenta contra la amplitud y complejidad de dicho nivel educacional. Su base conceptual es el pensamiento complejo y la categoría condición humana. Entre sus principales ideas están la necesidad de desplegar un pensamiento amplio e integrador en la educación superior y tener en cuenta para este fin la categoría condición humana. El objetivo es criticar el reduccionismo y la disyunción en la educación superior, en específico el que se manifiesta en la sobrevaloración de sus componentes profesional y racional. Entre sus conclusiones están: uno, para enfrentar el reduccionismo y la disyunción en la educación superior, una vía es tener en cuenta que la condición humana es compleja y, dos, la visión integradora en dicha educación es un camino para lograr profesionales atentos a la sociedad.

**Palabras clave:** complejidad, reducción, disyunción, afectividad, indiferencia.

**Abstract:** The central theme of this essay is the future of the university professional. Its starting point is the contradiction between the current changes in higher education related to science and technology, and the mentality that undermines the breadth and complexity of said level of education. Its conceptual basis is complex thinking and the human condition category. Among its main ideas are the need to deploy a broad and inclusive thinking in higher education and take into account for this purpose the human condition category. The objective is to criticize reductionism and disjunction in higher education, specifically that which is manifested in the overvaluation of its professional and rational components. Among its conclusions are: one, to face reductionism and disjunction in higher education, one way is to take into account that the human condition is complex and, two, the integrating vision in such education is a way to achieve professionals attentive to the society.

**Keywords:** complexity, reduction, disjunction, affectivity, indifference.

**Resumo:** O tema central deste ensaio é o futuro do profissional universitário. Seu ponto de partida é a contradição entre as mudanças atuais no ensino superior relacionadas à ciência e tecnologia, e a mentalidade que mina a amplitude e a complexidade desse nível de ensino. Sua base conceitual é o pensamento complexo e a categoria de condição humana. Entre suas principais idéias, destacam-se a necessidade de implantar um pensamento amplo e inclusivo no ensino superior e levar em conta, para esse fim, a categoria de condição humana. O objetivo é criticar o reducionismo e a disjunção no ensino superior, especificamente o que se manifesta na supervalorização de seus componentes

profissionais e racionais. Entre as suas conclusões são: um, para enfrentar o reducionismo e disjunção no ensino superior, é uma maneira de observar que a condição humana é complexa e, dois, visão inclusiva que a educação é uma forma de cuidar profissionais para sociedade.

**Palavras-chave:** complexidade, redução, disjunção, afetividade, indiferença.

## Introducción

La profunda revolución científica y tecnológica que se despliega desde mediados de la vigésima centuria ha dotado a los seres humanos de una capacidad superior para modificar los procesos naturales e incluso para transformarse a sí mismos y al mismo tiempo ha generado una cantidad creciente de información. La microelectrónica, las biotecnologías, la física del micromundo, entre otros saberes, han abierto las puertas a lo que hasta hace poco tiempo era una quimera o una ficción fruto de una creativa fantasía. Sobre esta base, en el siglo XXI es cada vez más notoria la importancia del conocimiento científico-tecnológico, de la velocidad de su aplicación y de sus consecuencias.

La educación superior está en el centro de tal revolución, no solo porque recepta, almacena y difunde dichos conocimientos y logros, sino también porque los produce, y en una escala creciente. Esta intensa actividad no ha conducido per se a un cambio de la mentalidad capaz de superar el modo de aprehensión que reduce y fragmenta; antes bien, este se observa en la negación de la amplitud y complejidad de la esencia de dicho nivel educacional que tiene lugar mediante la circunscripción a dos de sus componentes: el profesional y el racional. A la vez, son en sí una restricción no solo porque ciñen la amplitud histórica del mencionado nivel, sino

también porque atentan contra la vastedad de la condición humana y la riqueza que posee por la diversidad que le es consustancial.

La reducción y la disyunción en la educación superior es un fenómeno que debe frenarse antes de que tome mayor fuerza. Para ello es imprescindible desarrollar la creatividad y así buscar vías y métodos que contribuyan a cumplir este propósito, así como debe atenderse desde todas las perspectivas posibles y con todos los medios al alcance. En ese caso está la redacción y publicación de textos donde se reflexione sobre esta temática y se expongan criterios y soluciones que incentiven el debate científico. Lo que no debe suceder es que no se atienda. Hace falta estudiarlo y evitar las consecuencias que puede acarrear.

De tal modo, el objetivo del presente ensayo es criticar algunas manifestaciones actuales de reduccionismo y disyunción en la educación superior. Esta temática se aborda con el enfoque conceptual del pensamiento complejo. Desde esta perspectiva se seleccionó la bibliografía, que es variada, formada por artículos y libros de reciente publicación y otros considerados clásicos de estos temas, como *Los siete saberes necesarios para la educación* y *La cabeza bien puesta*, de Edgar Morin y *La condición humana*, de Hannah Arendt.

## Desarrollo

La creciente producción de información y conocimientos científicos y tecnológicos, así como su empleo, difusión y almacenamiento, influyen en la educación superior contemporánea y condicionan muchos de los cambios que se suceden en ella de manera continua y veloz, algunos de los cuales se manifiestan a través de las tareas de los profesores, que ponen a prueba su capacidad profesoral, pero también los impulsa a niveles más elevados en su trabajo. Entre

ellas hay dos relacionadas entre sí y que en la actualidad son básicas. Una es el empleo con fines educativos de la gigantesca urdimbre formada por la información y los conocimientos científicos y tecnológicos, que incluye el despliegue de sistemas de indicaciones encaminados a que los alumnos se orienten en su empleo. La otra es el despliegue de la educación laboral sin que se pierda de vista que los educandos son seres humanos y no solo profesionales en ciernes.

Respecto a la primera tarea cabe destacar que, en el contexto actual, donde la información circula por muchos canales y está a plena disposición de los alumnos, el quehacer docente no tiene por qué centrarse en la transmisión de contenidos (no es que no se haga), sino en la orientación de los que deben buscar por sí solos, en la indicación de cómo trabajar con ellos y en propiciar debates en torno a los mismos. Este trabajo debe encaminar a los estudiantes a que contextualicen la información y a que la critiquen, lo cual no es atacarla, sino decodificarla, discernirla, reelaborarla y así, ejercer el criterio individual. En este caso hay dos aspectos a señalar: la transmisión de información y conocimiento científico y tecnológico no conduce en todos los casos a la crítica y, los estudiantes universitarios se mueven en las fuentes de contenido con autonomía. De ambos se desprende la valía de la estimulación del pensamiento crítico.

En la era digital, que ya se vive, los estudiantes cambian la manera de aprender y, por consiguiente, exigen (tácita o abiertamente) que se transforme el modo de enseñar. Los docentes son testigos presenciales de estos cambios y exigencias, por eso, crece el número de profesores que entienden las nuevas condiciones, toman conciencia de las transformaciones que deben sucederse y actúan en correspondencia; pero al mismo tiempo, existen los indiferentes a las alteraciones y los conscientemente opuestos a ellas. En este último caso influye el deseo de no romper la comodidad alcanzada, así como la desconfianza ante lo nuevo y el rechazo a usarlo. Este recelo no es totalmente injustificado; hay posibles consecuencias por dilucidar. No siempre lo nuevo es mejor que lo viejo.

Es difícil para los profesores formados en una tradición (que no ha permanecido estática), asimilar las transformaciones radicales que se suceden hoy, sobre todo las que alteran su papel en la educación superior e incluso en la sociedad. Una evidencia de ello es el papel que se les está asignando y, en correspondencia, la denominación que se le otorga en función del conocimiento y el proceso de enseñanza-aprendizaje: organizador, guía, generador, gestor, orientador, facilitador, tutor, dinamizador, asesor, acompañante (Viñals y Cuenca, 2016). Estas denominaciones no solo traslucen los cambios que tienen lugar en los docentes, sino también las metas a alcanzar; entre ellas, la extinción de la transmisión unidireccional del conocimiento, el logro de su recepción horizontal y su intercambio descentralizado y abierto, es decir, los contenidos a aprender no tienen por qué estar organizados de una manera inviolable. El empleo de las redes digitales conduce a la construcción individual del conocimiento y a relegar a planos secundarios el consumo de los contenidos elaborados por otras personas.

En esa vorágine de objetivos y acciones, no pueden quedar en el olvido los estudiantes que son parte del tránsito de una época a otra. Todavía están en las aulas universitarias. Ellos no son terreno totalmente fértil para los cambios, porque están acostumbrados a ser objetos de ese tipo de educación y enseñanza al estilo de la que el autor brasileño Freire (1987) denominó bancaria, para destacar que en ella se veía a los estudiantes como si fueran un banco adonde se iba a guardar dinero, que en su caso lo que se depositaba era conocimientos para que se acumularan, contra la cual proponía el despliegue de la creatividad y con ella de “la duda rebelde, la curiosidad no fácilmente satisfecha” (Freire, 2010, p. 23).

La segunda tarea mencionada más arriba está relacionada con las reflexiones anteriores, pero acerca de ella es necesario exponer algunas ideas.

## Condición humana, reduccionismo y disyunción

Hay dos afirmaciones que, por archiconocidas, pueden parecer innecesarias: una es que el ser humano es el objeto de la educación; y la otra, que esta última siempre se basa en alguna concepción acerca del primero. Sin embargo, si se quiere entender por qué la educación es tan compleja, como teoría y como práctica, no se puede perder de vista ninguna de las dos aseveraciones.

A la hora de hablar del ser humano sale a relucir una interrogante que ha motivado durante siglos a filósofos y otros pensadores: ¿cuál es la esencia humana? Muchas y variadas han sido las respuestas. Uno de los aspectos comunes a una gran cantidad de ellas ha sido el hecho de centrarse en algún rasgo, que se concibe (y argumenta) como lo esencial y definitorio: la razón, los sentimientos, las relaciones sociales, la capacidad de pensar en Dios (Varona, 2014). Hoy crece la concienciación de la necesidad de cambiar el modo de pensar, y transitar de la simplificación y la disyunción, al pensamiento complejo (Morin, 2002) e integrador (Maldonado, 1999). La variante a posesionar permite comprender que el ser humano es “un sistema de posibilidades y realizaciones” (Varona y Rodríguez, 2014, p. 130) de suma complejidad, porque es la integración de múltiples relaciones donde se entrecruzan diversos caracteres, incluso, antagónicos (Morin, 1999).

Entre el ser humano y las condiciones donde desarrolla su vida hay influencias mutuas. Ellas no constituyen una atadura imposible de soltar; antes bien, muchas veces son un impulso a rebasarlas. Este quehacer perenne siempre lleva una dosis de lucha por mejorarse a sí mismo, en la cual pone a funcionar todas sus capacidades y facultades. En ello hay razonamiento, fuerza física, comunicación, inventiva, sueños, amor, odio, desilusiones, optimismo. Este mare magnum de diversidad es la condición humana: “todo lo que entra en el mundo humano por su propio acuerdo o se ve arrastrado a él por el esfuerzo del hombre” (Arendt, 2005, p.

23), o sea, lo que hace que el ser humano sea tal, y no es un solo elemento, ni elementos aislados, sino un sistema cada vez más complejo.

Un gran mérito de la categoría condición humana es la complejidad que alude al hacer referencia a las condiciones que posibilitan la vida humana, es decir, todo con lo cual los humanos entran en contacto, que de inmediato se convierten en una condición de su existencia: “Cualquier cosa que toca o entra en mantenido contacto con la vida humana asume de inmediato el carácter de condición de la existencia humana” (Arendt, 2005, p. 23), así como “las cosas que deben su existencia exclusivamente a los hombres condicionan de manera constante a sus productores humanos” (Arendt, 2005, p. 23); hay un rejuego continuo de condicionamiento entre los seres humanos y lo que ellos han creado.

Si hay algo que ha tenido contacto directo y básico con el ser humano a lo largo de su historia, es la educación. Ella forma parte de ese todo que es la condición humana, pero no es un componente más, es básico y está presente en todas las relaciones sociales: la producción (material y espiritual), la economía, el arte, la ciencia, la religión. En ellas se revela, reafirma, reproduce o altera.

El quehacer educacional, sus propósitos, tareas, métodos, alcance, resultados esperados y proyección al futuro, depende en gran medida, de cómo se comprende la condición humana. Sobre esta base se puede entender de un modo más óptimo que la educación no puede parcializarse y que para educar, todo es importante. Esta afirmación no es una novedad teórica, pero no siempre se le brinda la atención que merece y por eso es preciso insistir en ella.

## **El reduccionismo y la disyunción ante el futuro del profesional universitario**

Actualmente la relación de la educación superior con los conocimientos científicos y tecnológicos abarca tanto el consumo de los mismos, como su difusión, almacenamiento y producción. Estos conocimientos y los productos resultantes, se diseminan por toda la sociedad y, no pocos de ellos, devienen objetos del comercio. Tal característica ha favorecido la existencia de una mirada puramente empresarial a las instituciones de educación superior; con ellas se ha intensificado el afán de responder a las exigencias del mercado (Bermúdez-Aponte y Laspalas, 2017).

De tal modo, “la universidad se convierte en un apéndice de la industria y los profesores deben comportarse como emprendedores o vendedores” (Bermúdez-Aponte y Laspalas, 2017, p. 113). Sobre esta base, el objetivo central la educación superior es el de proporcionar competencias y habilidades profesionales (Brower, 2014). Este deseo y el correspondiente propósito, no serían objetos de atención especial en el presente trabajo, si no atentaran contra la amplitud consustancial a la educación superior, pues al subordinarse a los mandatos mercantiles, el quehacer educativo se reduce, porque se limita a la educación laboral y con ella, a la satisfacción de las exigencias de los posibles puestos laborales y del mercado de los mismos.

El núcleo del asunto radica en que si se limita solo a las cualidades profesionales (lo cual es una tarea sumamente complicada y de crecientes exigencias, además, a la que no se le debe restar importancia, pero tampoco sobrevalorar) queda incompleta la misión de la educación en su nivel superior, que es educar al ser humano en la integridad históricamente alcanzable, es decir, en sus múltiples relaciones sociales y no solo las laborales. De este modo, si se atiende única o preferentemente el componente profesional, otras áreas del quehacer educativo quedan relegadas a planos inferiores, o excluidas, que es mucho peor.

Como se ha dicho más arriba, una de las grandes tareas que tienen hoy los profesores de la educación superior es enseñar a los alumnos a orientarse en la enorme cantidad de información existente y a entender que esta es un medio para lograr un fin: conocer con creciente profundidad la naturaleza y al ser humano con todos los resultados de su creatividad. En correspondencia, deben motivar a los estudiantes a investigar la raíz de los fenómenos y a aprender a valorar el conocimiento no solo en su valor intrínseco, sino también en función del ser humano. No basta un graduado que solo tenga óptimas cualidades profesionales.

La educación superior debe moldear todas las capacidades y facultades de los alumnos, no únicamente para satisfacer las exigencias económicas o políticas del momento, sino para avanzar en el difícil camino del mejoramiento humano, que, aunque se corresponde con lo alcanzable según las circunstancias, al mismo tiempo constituye un impulso para avanzar a niveles superiores. Este avance tiene mayor calidad cuando se realiza de modo íntegro; además, la sobrevaloración de determinadas características humanas en detrimento de otras, limita y reduce la riqueza y diversidad consustancial a la condición humana.

Una muestra de ataque a la amplitud de la condición humana la proporciona la mentalidad tecnocrática. Según su concepción pragmática del mundo, las profesiones existen solo para solucionar problemas instrumentales, que a la luz de la ciencia y la tecnología actuales han tomado un rango mucho más elevado de precisión. Desde esta perspectiva, la vía que se concibe como idónea para satisfacer la rigurosidad es la del empleo exclusivo de la capacidad racional humana. Según este basamento, la parte afectiva es innecesaria porque atenta contra la objetividad, y porque al dañarla, altera la pureza científica del conocimiento, que es su fin último.

Pero el reduccionismo también se observa en el marco específico de la capacidad racional, ya que al buscarse con ella la objetividad, se centra en esta

última y se excluye lo que tenga carga subjetiva, como el significado de lo humano, el enriquecimiento del universo espiritual o las valoraciones éticas.

Vale recalcar que la elevada atención al componente laboral de la educación superior va aparejada a la estimación exclusiva de la capacidad racional y se olvida el papel básico que tiene la afectividad en la vida humana y en la educación (Martínez, 2015). En la docencia universitaria no pocas veces el énfasis recae en el dominio del sistema conceptual de cada asignatura y disciplina, mientras que al plano afectivo se le brindaba menor atención, además, la formación profesional de los profesores no se destaca por la preparación que se les da a los futuros docentes en cuanto a lo afectivo (Ojalvo y Curiel, 2018).

El predominio del enfoque intelectualista y la relegación de la afectividad a planos inferiores o nulos, inquieta a muchos educadores de diversas partes del mundo y de todos los niveles educacionales (Fernández, Palomero, Teruel, 2009; Castañeda, 2014; Barrantes-Elizondo, 2016; Curiel, Ojalvo, Cortizas, 2018). No obstante este interés y la afirmación, con ganada autoridad, del filósofo español José Antonio Marina de que la bibliografía en torno a la educación emocional es amplísima (2005), en cuanto a la educación superior no es notoriamente abundante la cantidad de textos dedicados a estudiar estos asuntos, no solo lo emocional, sino también lo afectivo en su integridad. Tal afirmación se puede comprobar con una búsqueda bibliográfica que abarque diversas revistas, de cualquier país, en las cuales pueda haber estudios de universos temáticos afines. Esta afirmación se limita al mundo de la lengua española y no niega la existencia de trabajos profundos y actuales, como el de Frago-Luzuriaga (2015) y el de Curiel, L., Ojalvo, V. y Cortizas, Y. (2018), aunque es notable la concentración de la atención en lo racional, como el de los autores León, Reiné y Charbonell (2019).

De todos modos, crece el número de estudiosos quienes reconocen que en los vínculos afectivos hay un gran potencial para que sea más eficaz el proceso de

enseñanza-aprendizaje (Maldonado-Torres, Araujo y Rondon, 2018) y quienes recomiendan que se tome “en consideración todas las dimensiones afectivas que han sido olvidadas por los discursos científicos y filosóficos tradicionales” (Goicoechea y Fernández, 2014, p. 45) pues la educación no es un quehacer frío. Al respecto, hay unas palabras del conocido autor brasileño Freire (2010) que contienen una idea muy actual: la observación del equilibrio entre lo racional y lo afectivo en la labor educacional. Permítase citarla aun cuando es extensa:

Siendo una práctica estrictamente humana, jamás pude entender la educación como una experiencia fría, sin alma, en la cual los sentimientos y las emociones, los deseos, los sueños debieran ser reprimidos por una especie de dictadura racionalista. Ni tampoco comprendí nunca la práctica educativa como una experiencia a la que le faltara el rigor que genera la necesaria disciplina intelectual (p. 118).

Urge fortalecer el componente afectivo y hacerlo como un proceso intencionado para promover la expresión adecuada de emociones, sentimientos y pasiones e incentivar el autoconocimiento en la interacción en el proceso de enseñanza-aprendizaje y así optimizar la educación, que, si se mira con profundidad afectiva, es un acontecimiento para celebrar; es un tipo de fiesta, y como tal ha de disfrutarse. Pero esto no significa que en él se pueda prescindir del razonamiento, ni de la rigurosidad de la disciplina intelectual; en él es verdaderamente necesario el equilibrio entre lo racional y lo afectivo. Sobre esta base, los profesores tienen a su alcance una gran gama de oportunidades y vías para motivar a los estudiantes y lograr que se regocijen en el proceso de enseñanza aprendizaje. Esta recomendación, válida para todos los tipos de educación; en el nivel superior debe realizarse con la mayor amplitud para evitar que se restrinja a las necesidades de una carrera o de una profesión específica.

A propósito de lo anterior, vale traer a colación uno de los tantos problemas que actualmente tiene la humanidad: la indiferencia. Este fenómeno se deja observar de un modo creciente y de muchas formas, en seres humanos de todas las edades, niveles culturales y estratos sociales; y no se trata específicamente de la indolencia respecto a asuntos individuales ajenos, que alguien puede considerarlos insignificantes o intrascendentes. No. Lo llamativo y alarmante no está en lo estrictamente concerniente a las relaciones entre dos personas, sino a la insensibilidad ante ideas y hechos denigrantes e inhumanos, como el racismo, la xenofobia y cualquier tipo de discriminación, que son manifestaciones y resultados, en todos los casos, de que no se tiene en cuenta, en su justa medida, que todo humano vale (y mucho) por el simple y elemental hecho de ser un humano. A su vez, sobresale la impasibilidad ante lo que desvirtúa o frena el mejoramiento, que debe continuamente escalar peldaños superiores y no limitarse a la moral o a los conocimientos científicos y tecnológicos, sino abarcar todos los ámbitos humanos, como el del cuidado del planeta y la vida, con su diversidad.

Las generaciones actuales aún tienen la posibilidad de evitar que la indiferencia devenga una característica esencial suya, contra la cual luego será muy difícil luchar. Además, todavía pueden hacer mucho para que en el futuro no se les llegue a caracterizar como incapaces de frenarla y, sobre todo, como ineptos para revertirla en su contrario, es decir, en el entusiasmo y, más aún, en la vehemencia y el esmero, sobre todo si se trata del mejoramiento del ser humano y del mundo, en sus múltiples relaciones.

La causa fundamental de la apatía no es la actual sociedad posmoderna en sí, con su atomización social, su inconmensurable desarrollo científico-tecnológico y sus recreaciones y novedades artísticas; la causa fundamental de la indiferencia es la ideología neoliberal, que es esencialmente fatalista, con la cual se pretende convencer a los hombres y las mujeres de que la vida humana es inmejorable porque es inalterable, por lo cual solo debe vivirse el presente como sea e ignorarse

el mañana, que de alguna manera llegará (Freire, 2010). De este modo, el prójimo deja de importar y la atención solo recae sobre sí mismo. A su vez, se engendra pasividad y resignación, y no solo eso, sino que el mejoramiento humano se muestra como un absurdo, en torno al cual no amerita pensar.

Pero la indiferencia es mucho más preocupante porque no siempre se muestra abiertamente; a veces se evidencia mediante alguna persona que niega su existencia o minimiza la preocupación que ha de tenerse por el crecimiento de la insensibilidad. En tales casos se debe, en gran medida, a que quien piensa de ese modo, considera que los compromisos son los otros seres humanos, con la patria y la sociedad son asuntos de una época superada y que hoy lo importante y decisivo es que cada cual viva su vida y no se preocupe por los demás.

Una herramienta muy valiosa para enfrentar la indolencia es la educación creativa, la que impulsa a los educandos a desarrollar un pensamiento crítico, a desplegar actividades transformadoras que lo inviten e impulsen a pensar en la construcción de una sociedad donde el ser humano valga en todas sus dimensiones, incluidos sus nexos con el planeta y la vida. Para realizar este objetivo, los profesores deben darles a los estudiantes la oportunidad de usar inteligentemente todos los contenidos docentes, sobre todo las teorías sociales, (García, 2018) para resolver problemas y crear soluciones, así como para reflexionar sobre la sociedad edificada con esas teorías, criticar tanto las posiciones teóricas, como la sociedad existente y tratar de mejorarla.

En el caso específico de la educación superior, en esa lucha es importante que el estudiante conozca su entorno social y que tome conciencia de su pertenencia a él, de su deber de prestarle atención y de realizar en él las transformaciones pertinentes para mejorarlo, con lo cual se mejora a sí mismo como ser humano. La amplitud mental, el espíritu innovador y el enfoque integrador (al estilo de la esencia de la categoría condición humana), que se coronan con la

conjugación de la capacidad racional y la afectividad (Varona, 2016), son factores indispensables para llevar adelante un enfrentamiento eficaz contra la indiferencia y por el entusiasmo optimista.

En el quehacer educacional junto a la prioridad que merece la preparación científica ha de ubicarse, como tarea de vital importancia, el componente ético. Entre ambas partes debe existir equilibrio. No existe el estudioso imparcial. Cualquier reflexión y toda obra humana (incluida la de educación), porta un grado u otro de responsabilidad con la sociedad, de compromiso con ella, por lo cual, la carga ética está siempre presente. De esta responsabilidad los profesores deben ser conscientes y lograr que sus alumnos también lo sean, que lleguen a ser hombres y mujeres capaces de detectar los problemas sociales y solucionarlos. Es “orientar a la educación superior como espacio de diálogo inquebrantable al servicio de la sociedad” (Ávila, 2015, p. 102).

La educación es una praxis que debe abarcar toda la vida. Este principio tiene una importancia especial en la educación superior debido a que quien la concluye, finaliza una etapa: la estudiantil, e inicia otra: la laboral, en la cual la autoeducación debe continuar, incluida en ella la profundización de los conocimientos y la adquisición de otros nuevos, algo de suma importancia en los tiempos que corren.

Hoy aumenta la necesidad de lograr que los hombres y las mujeres posean un pensamiento creativo y crítico, así como con una serie de aptitudes que le permitan desenvolverse con soltura en una sociedad caracterizada por un elevado nivel tecnológico nunca antes visto, que ya deja ver rasgos futuros, como la complejidad de sus relaciones y el supersónico movimiento de la vida. La humanidad no ha llegado aún a la mitad del siglo XXI y ya anda desenfrenada por arribar a la vigésima segunda centuria.

## **Conclusiones**

En la actualidad, una tarea esencial del profesor en la educación superior es orientar a sus estudiantes para que utilicen adecuadamente la enorme y cada vez mayor, cantidad de información y conocimientos que circula de muchas maneras. La calidad de su cumplimiento depende, más que de la claridad y precisión de las orientaciones, de la capacidad que estas tengan para despertar en ellos el pensamiento crítico y creativo.

Un gran desafío para la educación superior en la actualidad es atender en una medida justa las nuevas tecnologías, el mercado y los otros aspectos humanos: sociales, culturales, políticos que enriquecen el mejoramiento humano. De ahí que urge concebirla de un modo complejo. Una vía para enfrentar el reduccionismo y la disyunción en dicho nivel educacional es tener presente la condición humana, y la complejidad que le es consustancial.

La visión integradora y compleja es de suma importancia en la educación superior, entre otras, por las causas siguientes: uno, es un contén para impedir que se privilegie la educación profesional y se releguen a planos secundarios o se ignoren, otros componentes de la educación, como el ético y el estético; dos, tiene una potencia todavía no justipreciada para que rebase el racionalismo empedernido y se abra a la afectividad, que urge reforzar en el quehacer educativo; tres, es una vía para educar profesionales atentos (racional y afectivamente) a los problemas sociales, como la indiferencia, que atenta contra el compromiso con el mundo donde se vive y contra el mejoramiento humano.

## **Recomendaciones**

Urge debatir en torno a otras disyunciones que existen en la educación superior. Algunas de ellas son las siguientes: entre las áreas del saber; entre la

teoría y la práctica, los dirigentes y los dirigidos, los pensantes y los ejecutivos, la educación y la instrucción, los profesores y los alumnos. Valga insistir que estas disyunciones están aparejadas al olvido de que la condición humana es una totalidad compleja, poseedora de la riqueza consustancial al ser humano, que se observa tanto en cada individuo con sus especificidades como en la sociedad, y que es resultado de la existencia de contradicciones y consonancias, afirmaciones y negaciones, que existen en lo individual, en lo social y entre ambos.

## Referencias

Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.

Ávila, R. (2015). El dispositivo de formación cívica y ética desde los planteamientos de Michel Foucault: prácticas y discursos en la División Académica de Educación y Artes de la UJAT (2012-2014), *Uni-pluri/versidad*, 15(1), 100-110. Recuperado de <https://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/unip/index>

Barrantes-Elizondo, L. (2016). "Educación emocional: El elemento perdido de la justicia social." *Revista Electrónica Educare*, 20(2). doi: <http://dx.doi.org/10.15359/ree.20-2.24>

Bermúdez-Aponte, J. y Laspalas, F. (2017). El profesor universitario: integración entre lo personal y lo profesional. *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria* 29(2), 109-126. doi: <http://dx.doi.org/10.14201/teoredu292109126>

- Brower, J. (2014). Reflexiones en torno a la re-afirmación del sentido de la Universidad. *Revista Internacional de Investigación en Ciencias Sociales*, 10 (2), 213-229. Recuperado de <http://revistacientifica.uaa.edu.py/>
- Castañeda, C. (2014). Competencia socioafectiva en el marco escolar colombiano. *Escenarios*, 12(2), 19-34 doi: <http://dx.doi.org/10.15665/esc.v12i2.312>
- Curiel, L., Ojalvo, V. y Cortizas, Y. (septiembre-diciembre, 2018). La educación socioafectiva en el proceso de enseñanza aprendizaje. *Revista Cubana de Educación Superior*, 37(3), 80-92. Recuperado de [http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0257-43142019000100010&lng=es&tlng=](http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0257-43142019000100010&lng=es&tlng=).
- Fernández, M. R., Palomero, J. E. y Teruel, M. (2009). *El desarrollo socioafectivo en la formación inicial de los maestros*. REIFOP, 12(1), 33-50. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/2956687.pdf>
- Fragoso-Luzuriaga, R. (2015). Inteligencia emocional y competencias emocionales en educación superior, ¿un mismo concepto? *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, 6(16), 110-125. Recuperado de <https://ries.universia.net/article/view/1085/inteligencia-emocional-competencias-emocionales-educacion-superior-un-concepto->
- Freire, P. (1987). *Pedagogía do oprimido*. Rio de Janeiro: Editora Paz e Terra.
- Freire, P. (2010). *Pedagogía de la autonomía y otros textos*. La Habana: Editorial Caminos.
- García García, J. J. (2018). ¿Para qué educar? *Uni-pluri/versidad*, 18(1), 11-12. doi: 10.17533/udea.unipluri.18.1.01

- Goicoechea, M. y Fernández, O. (2014). Filosofía y educación afectiva en Amor y pedagogía, de Unamuno. *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 26(1), 41-58 doi: <http://dx.doi.org/10.14201/teoredu20142614158>
- León, Y., Reiné, Y. y Charbonell, M. E. (2019). Una mirada a la formación de profesionales universitarios que demanda el siglo XXI en Cuba. *Revista Cubana de Educación Superior*, 38(1). Recuperado de [http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0257-3142019000100010&lng=es&tlng=](http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0257-3142019000100010&lng=es&tlng=).
- Maldonado, C. (1999). *Visiones sobre la complejidad*. Bogotá: El Bosque.
- Maldonado-Torres, S., Araujo, V. y Rondon, O. (septiembre-diciembre, 2018). Enseñar como un “acto de amor” con métodos de enseñanza-aprendizaje no tradicionales en los entornos virtuales. *Revista Electrónica Educare*, 22(3), 1-12. doi: <http://dx.doi.org/10.15359/ree.22-3.18>
- Marina, J. A. (2005). Precisiones sobre la educación emocional. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 19(3), 27-43 Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27411927003>
- Martínez, C. (2015). Urdimbre afectiva y educación. Aproximación a las ideas pedagógicas de Juan Rof Carballo. *Estudios sobre Educación*, 28, 139-154 doi:10.15581/004.28.139-154
- Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación*. París: UNESCO.
- Morin, E. (2002). *La cabeza bien puesta. Repensar la reforma. Reformar el pensamiento*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

- Ojalvo, V. y Curiel L. (julio-septiembre, 2018). La tradición humanista de la educación cubana: premisa para la formación docente en educación socioafectiva. *Atenas*, 3(43), 115-128. Recuperado de <https://atenas.reduniv.edu.cu/index.php/atenas/article/view/390/676>
- Varona Domínguez, F. (2014). La educación estética desde la relación razón poética-ennoblecimiento humano. *Graffylia*, 12(18), 5-18.
- Varona Domínguez, F. (2016). Una mirada humanista a la educación estética de la sensibilidad humana. *Aisthesis*, 60, 111-128. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=163249379006>
- Varona Domínguez, F. y Rodríguez Pérez, M. (2014). *Cultura, cine y ser humano: una mirada a Humberto Solás*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Viñals, A. y Cuenca, J. (2016). El rol del docente en la era digital. *Revista interuniversitaria de formación del profesorado*, 86(30.2),103-114. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5670199>